

prenda nada todavía, hay impresiones que se graban demasiado y esto es siempre peligroso.

2ª Sería también preciso despedazar el cuerpo de tu esposa, porque parecería increíble, que las fieras hubieran devorado el de la niña, y respetado el de la madre.

3ª Será conveniente que se publique el triste fin que tuvo tu esposa y su hija; ó bien que tu esparsas por do quier la noticia, para que se extienda, y cuanto ántes dispongas el viaje, para que así pronto te olviden, y se borre la impresión que estos acontecimientos van á causar en toda la sociedad.

—Ahora nos resta tan solo hacerte una pregunta; ¿crees tú que sea posible efectuar mañana tus planes? ¿Podremos prepararlo todo? Nos parece imposible Arturo; creemos que sería mejor dejarlo para la octava de este día, y así tenemos tiempo de sobra, y no fracasará nuestro proyecto por falta de prevision.

—Yo querría mejor que fuese mañana; pero en fin, si no lo creéis posible, ¿qué remedio! exclamó Arturo; para evitar complicaciones escuchadme.

Mañana desde temprano comenzareis á obrar con actividad, para ver si es posible cumplir en la tarde nuestros planes, y si nada habeis podido

disponer, entónces me mandareis una tarjeta con el doblés que ya conoceis, yo no saldré de casa des-las cuatro de la tarde, de manera que con entera confianza tened por cierto que vuestra determinacion llegará á mis manos antes de la hora convenida para nuestros proyectos.

—Bien está; pero es preciso combinarlo todo, y no obrar con ligereza. ¿Sabes ya cuando sale el vapor para los Estados Unidos? porque como tú debes suponer, el plagio es preciso que se efectúe en vísperas de salir éste, para que no se exponga el que conduzca á la niña.

—Podeis averiguarlo todo, repuso mi esposo, aunque no hay temor ninguno de que sea descubierto ese rapto, porque los miembros ó brazos de la niña darán á conocer la muerte de Julia. Sin embargo, la precaucion nunca está por demás, y bueno es prepararlo todo.

—Aun resta que dar otro paso que no deja de ser expuesto, añadió el anciano, y es el de buscar una nodriza para que se haga cargo de la niña hasta Nueva York, porque de lo contrario llamaría desde luego la atención, que una niña tan tierna fuese conducida solo por un hombre.

—Teneis razon, contestó resueltamente mi esposo, es preciso que se busque una mujer para que conduzca á la niña.

—Sí, y al llegar, repuso el hombre de mediana edad, será preciso abandonar en ese lugar á la criada, y matarla para que nada venga á descubrirnos.

—También le arrancaremos la vida, replicó el mas jóven, ¿qué cosa no han de hacer los presidiarios de Ceuta?

—¿Te acuerdas compañero, dijeron dirigiéndose á Arturo, de los propósitos que formábamos en nuestro oscuro calabozo?

Todos eran de asesinatos y de crímenes para alcanzar nuestra fuga.

—Es verdad, repuso preocupado Arturo, pero allí nos hubiéramos expuesto quizás inutilmente; mientras que aquí en nada nos exponemos, y si esperamos grandes ventajas.

—Es cierto, respondieron en coro los presidiarios.

Arturo continuó. ¿Conque quedais enteramente entendidos en todo lo concerniente á este asunto?

—Sí, contestaron los tres á la vez. Pues bien, ahora nos resta concluir por completo todos nuestros negocios, es preciso como sabeis que cambiemos de nombres, para poder impunemente recorrer el mundo entero y reconocernos en todas partes.

En ese instante me puse yo á escuchar más atentamente, y pude percibir claramente los tres nombres supuestos de los individuos y el de mi esposo; pero como el de los otros poco debe importarnos, os diré solamente el de Arturo, quien tomó el de D. Antonio de R. y se hizo natural de la Isla de Santo Domingo, en seguida disputaron largo rato sobre lo conveniente que seria tener un título de nobleza, y como no era posible sin riesgo tomarlo sin poseerlo realmente, se propusieron comprarlo en la primera oportunidad.

—¡Ay! queridas mias, exclamó Marta, yo no podré referir á ustedes minuciosamente el diálogo que tuvo lugar despues, porque solo su recuerdo me daña. Se trató de la vida que en el porvenir debian tener. Se habló de una multitud de crímenes, vestidos con el ropage de la más vil hipocresía. Se propusieron conquistas á cual más difíciles: se trató de apulencia, bailes, fiestas suntuosas, y en fin, de tirar en un momento el fruto del trabajo asídúo de mi padre durante toda su vida. Ustedes calcularán cuán terribles serian mis impresiones en ese instante. Apenas podia contener los profundos sollozos que querian escaparse de mi pecho. En esos momentos horribles, solo la misericordia infinita del Señor pudo

prestarme su fuerza, para no ser víctima del estado fatal en que me encontraba.

Las tres de la mañana dieron en el reloj; entonces el más joven de los tres individuos, dirigiéndose á sus compañeros les dijo.

—Son ya las tres, y creo que hemos concluido, y si os parece, tiempo es ya de retirarnos.

—Sí, contestaron á una voz sus tres compañeros: en seguida se dirigieron á Arturo, y le preguntaron si no tenia nada más que decirles; quedóse éste un momento meditabundo, y contestóles que le parecía haber dicho ya todo lo que debía hacerse, llenáronse de nuevo las copas, y después, dando los tres á mi esposo un estrecho abrazo, partieron.

Arturo tenia que acompañarlos hasta el zahuan para poder cerrar, y este fué el momento que yo aproveché para salir de mi escondite y subir pronto.

Las sombras de la noche me favorecieron, y sin mucho trabajo me volví á ver en mi recámara.

Lo primero que hice fué postrarme á bendecir á la Providencia Divina, que tan benignamente me habia otorgado su proteccion. Me acerqué después á la cuna donde dormia Julia, y la contemplé un breve rato en silencio; mas, no

pude contenerme, la saqué de su cuna, turbé con mis caricias su sueño, y derramando abundantes lágrimas le decia con el corazon y no con los labios, porque temia me sucediese lo que habia acaecido á mi esposo. ¡Hija de mi alma! Si tú supieras los infames proyectos que ha formado tu padre! ¡Oh! cómo sufririas; pero no temas tierna niña, el cielo se ha dignado revelarnoslos, y tu madre sabrá salvarte.

Al hablar así la coloqué de nuevo sobre la cuna, y me arrojé en mi lecho temerosa de que mi esposo entrase á buscarme.

Mi corazon no me habia engañado: hacia apenas cinco minutos que me habia acostado, cuando la puerta se abrió y Arturo penetró por ella: su paso era vacilante y procurandó no ser oido se acercó á mi lecho con el mayor silencio, levantó la cortina, y se quedó contemplándome largo tiempo; yo temblé, un solo movimiento podia perderme si mi esposo notaba que no dormia, podria sospechar quizás lo que habia pasado, y entonces era perdida sin remedio: este pensamiento quizas me dió fuerzas, porque haciendo un esfuerzo supremo, fingí que dormia profundamente. Arturo me veia en silencio... al fin sus labios se abrieron.

—¡Duerme tranquila pobre Marta! exclamó;

¡cuán lejos está de pensar que mañana dormirá eternamente!..... es aún joven y bella..... ¡oh! cuán criminal soy en arrancarle la vida! Ella me amaba, y yo pago con la muerte su ternura! Al pronunciar estas palabras, Arturo quedó como sumergido en una meditacion profunda. Así trascurrió más de un cuarto de hora; al fin, inclinándose hácia mí, imprimió un beso en mi frente diciendo: ¡Adios esposa mia! perdóname, y ruega por mí al Dios Eterno ante cuya presencia vas á comparecer pronto. Al hablar así dos lágrimas se desprendieron de sus ojos y rodaron por mi semblante; entónces hice un ligero movimiento; Arturo se retiró bruscamente; mas viendo despues que yo dormia, reposa tranquila infeliz! añadió contemplándome; reposa sí, pues tan solo algunas horas te restan de vida!.....

Despues volviéndose á la cuna donde dormia Julia, añadió: en cuanto á tí tierna niña, recibe mi postrer adios: tú ignorarás siempre á quién debiste el ser, pero yo sabré buscarte, no para darte el nombre de hija, sino para saber cuál es tu suerte; al fin soy tu padre!.....

Al hablar así, Arturo estaba conmovido; mas dominando su emoció repuso retirándose, partamos de aquí, la contemplacion de mis dos víctimas me daña.... ¡perdóname ángel inocente!

perdona á tu infame padre! En cuanto á tí ¡pobre mártir! añadió volviéndose á mí, vé á reunirte con tus padres, y en aquellas mansiones donde el ódio y la venganza son desconocidos, ruega al excelso por tu criminal esposo!.....

Mas como arrepentido de los movimientos humanitarios que lo conmovian exclamó: ¡va! soy un cobarde!..... jamás la compasion existe en el corazon de un presidiario!..... diciendo estas palabras salió bruscamente cerrando tras sí la puerta.

Quando me ví sola y calculé que no me podia escuchar, me incorporé en mi lecho, arrebaté á Julia de su cuna, y estrechándola contra mi pecho exclamé: ¡Infame!..... ¡Infame!..... y prorrumpí en amargo llanto: necesitaba desahogarme, y mi corazon oprimido exhalaba su dolor en el llanto que vertian mis ojos.

No habló mas Marta: se hallaba en extremo conmovida y agitada por el recuerdo de aquellas terribles escenas que tan vivamente habia descrito, y no pudiendo dominarse, se dejó caer desfallecida en el sofá, desahogando su pena y su congojal!.....

Nosotras permanecimos largo tiempo á su lado: nos era doloroso en aquel momento separarnos de

aquella joven desventurada, y deseando divagarla y dar un nuevo giro á sus ideas, le propusimos salir á dar un paseo, á lo que accedió gustosa, porque complaciente siempre, jamás se negaba á cumplir nuestros deseos. Pronto nos encontramos en la calle, y allí en el centro de la animacion y en el foco de la vida, se fueron disipando las espesas nubes que pesaban sobre la pobre Marta, se borraron de sus ojos las lágrimas, y una dulce sonrisa vino á jugar en sus marchitos labios.

Nosotras éramos dichosas cuando la veíamos gozar; ¡habia sufrido tanto, que una tregua en su dolor nos llenaba de gozo.

Julia, ébria de contento caminaba á nuestro lado, y el placer de la niña aumentaba considerablemente, al pasar por los hermosos almacenes en que se lucian los mas preciosos juguetes; en esa edad todo se desea, y Julia comenzó á instar á su mamá para que le comprase una muñeca que corria sola, por medio de una cuerda que le daban. Marta no podia negar nada á la niña, de manera que pronto penetramos en ese establecimiento tan grandioso como todos los de su clase en Nueva York; habia en él juguetes en abundancia; y cuanto la imaginacion de un niño es capaz de forjarse, lo hallaba allí realizado. Julia compró no solo su muñeca, sino tambien otros

objetos; nosotras á imitacion suya compramos tambien algunos juguetes, Todavía estábamos en la edad del juego, y nos atraian todos esos objetos infantiles. Ademas nos habiamos propuesto comprar en todas partes pequeños recuerdos, que nos trajeran á la memoria los sitios que visitásemos, y nos hicieran experimentar mas tarde las sensaciones que habiamos sentido en nuestro viaje.

¡Es tan dulce volver á vivir por el recuerdo en las regiones del pasado!

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.